

Directorio, Pichegru y Villot insistieron en anticiparse al enemigo atacando de noche el Luxemburgo y prendiendo á los tres directores; sus amigos no quisieron apartarse de las vías legales, pensando que el prestigio de la representación nacional triunfaría de todos los cañones del gobierno. De mayor debilidad aún adolecían los constitucionales, divididos en dos grupos, según que temían la vuelta de los jacobinos más que la de los realistas, ó viceversa, la de los realistas más que la de los jacobinos. De éstos era Thibaudeau, que decía: «De sucumbir, creo preferible morir á manos de los directores que de los borbones, los nobles y los sacerdotes». Carnot, de este partido á la sazón, fué solicitado para ponerse á la cabeza de los Quinientos y romper la lucha contra el triunvirato; pero el sesudo director respondió que veía en pos á los realistas y que no le hacía gracia morir colgado. En vísperas del golpe, trató este partido de evitar la explosión mediante una inteligencia con los revolucionarios; irguióse entre ellos el espectro de Luis XVI. Preguntado por Dumas sobre la posibilidad de una alianza, Treilhard, uno de los jefes jacobinos, respondió: «Vosotros sois personas muy respetables, muy competentes y animadas de buenas intenciones; pero nosotros, los que pertenecemos á la Convención, no podemos dejaros hacer, porque, quisierais ó no, nos llevariais indefectiblemente á la ruina; no hay entre nosotros nada de común».—«¿Por qué, dijo Dumas, ¿no habría alguna garantía que poder daros?»—«Sí, hay una, una sola, respondió Treilhard; si nos la dieseis, haríamos cuanto quisierais; os dejaríamos establecer el más dulce y el más débil de los gobiernos, os seguiríamos á ciegas».—«¿Cuál es?.....», preguntó con viveza Dumas.—«Subid á la tribuna y declarad que habriais votado la muerte de Luis XVI si hubieseis formado parte de la Convención».—«¡Imposible!», exclamó Dumas. Como se ve, no faltaba animación en los Consejos; pero todo se volvía hablar y discutir, sin llegarse á vías de ejecución. Pichegru y Villot formaron un nuevo plan: el tres de Septiembre, el diputado Mersan pediría á los Quinientos la acusación de los tres directores y, enseguida, los dos generales cercarían el Luxemburgo con la guardia del Cuerpo legislativo, reforzada con los chuanos llamados á París, y prenderían al triunvirato. Este proyecto no era más realizable que tantos otros; dióle importancia el haber habido un traidor que lo reveló á Barras, con sus pelos y señales, y sido causa de que los jefes jacobinos, que hasta entonces vacilaban acerca del día, hora y procedimiento, pusiesen manos á la obra y se les arreglase todo á pedir de boca.

No dejaron de recibir los constitucionales ofrecimientos y avisos. Un comandante de la guardia nacional, de temperamento enérgico y nada escrupuloso, que disponía de cien agentes seguros para cualquier empresa, propuso al general Mateo Dumas, uno de los principales individuos del Consejo de los Ancianos, desembarazarle de Barras y de Rewbell. El general rechazó la proposición, y cuenta en sus *Memorias* que, habiendo referido más tarde este incidente á Bonaparte, emperador ya, le dijo éste: «Sois un imbécil; no

entendéis jota de revoluciones». Un joven oficial, afecto á Carnot, fué á casa de éste á ofrecerle asesinar al tirano, es decir, á Barras; lejos de aceptar el ofrecimiento, el prudente director calmó la exaltación del apasionado joven. El diez y siete de Fructidor por la noche, tres de Septiembre, Thibaudeau recibió, por mano desconocida, proclamas y otros documentos, que la mayoría del Directorio acababa de imprimir secretamente para publicarlos al día siguiente. En efecto, el mismo diecisiete, á hora avanzada de la noche, los tres directores se constituyeron en sesión bajo la presidencia de Reveillere, y en sesión permanecieron hasta la madrugada. Se mandó cerrar todas las salidas de la ciudad; Augereau, con doce mil hombres y cuarenta cañones, ocupó los puntos más importantes de la población y tomó por asalto el castillo y jardín de las Tullerías, sin tropezar con resistencia en ningún punto. Hallábanse varios diputados en el salón de los Quinientos; un oficial fué á invitarles á salir; se resistieron, é igualmente Ramel, comandante de la guardia del Cuerpo Legislativo, se negó á desalojar el local. Pero Ramel no contaba con su gente. Los soldados decíanse los unos á los otros: «No queremos batirnos por Luis XVIII»; porque para ellos, como para el pueblo, que no entiende de matices, el conflicto era entre la revolución y el antiguo régimen. Por esto, cuando á poco entró Augereau, seguido de los más violentos revolucionarios de los barrios, los Santerre, los Rossignol, gritando «¡Viva la República!», é hizo arrestar á Ramel y conducirlo al Temple, con los diputados presentes al acto, la guardia legislativa no los defendió. Mientras tanto, la guardia del Directorio prendía en el Luxemburgo á Barthelemi, sorprendiéndole en el lecho. Carnot logró escaparse por el jardín y refugiarse en casa de su amigo el diputado directorial Oudot, hasta que halló coyuntura de trasladarse á Ginebra. En la mañana del siguiente día, carteles pegados á las esquinas anunciaron al pueblo que el Directorio había salvado de nuevo la patria y aplastado á los malditos realistas, y una proclama á los franceses enumeraba las pruebas de la conspiración, que «habría derribado á la República si el Directorio hubiese esperado un día más».—«Al principio, indiferencia general, escribía Bernadotte á Bonaparte; luego, algo de curiosidad; á lo último, un poco de entusiasmo oyéndose el grito de ¡Viva la República!, que hacía tiempo no resonaba en París». Individuos del Consejo de los Ancianos se fueron al salón de sesiones, y la tropa los echó; una treintena de ellos volvieron enseguida á las Tullerías para hacerse abrir el salón, y si por su valor recibieron en las calles del tránsito testimonios de respeto de parte del pueblo, nadie se movió cuando vieron á los soldados expulsarlos de nuevo. Reuniéronse entonces en casa de su presidente Lafond-Ladebat, y allí fueron los gendarmes á prenderles y llevarlos al Temple. Al enterarse de este atropello, ochenta y cinco individuos de los Quinientos, reunidos en una casa vecina, se dispersaron, siendo muchos de ellos arrestados en su domicilio.

Mientras por tal modo se maltrataba á los diputados de oposición, los vencedores se



reunían, por invitación de los triunviros, los de los Quinientos en el Odeón, los de los Ancianos en la Escuela de medicina. En el Odeón, cuyos alrededores estaban ocupados militarmente y llenas las galerías de gente de los barrios, después de haberse nombrado una comisión de cinco diputados, encargada de tomar las medidas conducentes á poner á salvo la Constitución, se acordó, á propuesta de Porte, autorizar al Directorio á llamar dentro del radio constitucional las tropas de que necesitase y declararse, como en los más bellos días de la Revolución, en sesión permanente, en medio de los aplausos de las tribunas. Ambos acuerdos confirmó el Consejo de los Ancianos, donde fué menor la agitación. A las seis de la tarde, reuniéronse otra vez las dos porciones de los Consejos para oír un mensaje del Directorio, que apremiaba á obrar enérgicamente. El diputado Boulay llevó la voz por la comisión de los Cinco, afirmando la existencia de una vasta conspiración para restablecer el antiguo régimen. «No hay que verter una sola gota de sangre. ¡Desgraciado del que pensara en restablecer los cadalsos! Hay que alejar á los conspiradores del Cuerpo legislativo y de toda autoridad constituida, y deportar á los más peligrosos. La deportación será en adelante el único medio de salvación pública, la pena que deberán sufrir los enemigos irreconciliables de la República. Los emigrados quedan desterrados para siempre, y los que regresen serán transportados al sitio que designe el gobierno. De los sacerdotes, solamente se deportará á los que no quieran someterse á las leyes». Leyó á continuación un proyecto de ley, por el que se anulaban las elecciones en cuarenta y ocho departamentos; se destituía á los funcionarios elegidos por estos cuarenta y ocho colegios electorales y se autorizaba al Directorio á reemplazarlos; se expulsaba de nuevo á los emigrados repatriados; se restablecía la ley de Brumario; se obligaba á todo ciudadano, antes de votar en las asambleas primarias y electorales, á prestar juramento de odio á la monarquía y á la anarquía, de fidelidad á la República y á la Constitución; se colocaba á la Prensa bajo la vigilancia de la policía; se renovaba el Tribunal de casación, y se deportaba á cincuenta y tres diputados, con los dos directores, Carnot y Barthelemi, y otros personajes políticos y militares. Entre estos diputados los había de todos los colores: conspiradores realistas, como Pichegru; antiguos jacobinos, como Rovere y Bourdon del Oise; moderados, como Boissi d'Anglas; antiguos constitucionales, como Dumas, Simeón y Pastoret. Ante la gravedad de la proposición, varios diputados pidieron que se votase por artículos y por nombres. No se les atendió; había prisa por despachar. La proposición fué votada en totalidad, y en el acto, á media noche, remitida al Consejo de los Ancianos. La comisión que nombró esta Asamblea declaró, el diez y nueve de Fructidor por la mañana, que, no teniendo pruebas, se remitía á la sabiduría del Consejo. No obstante las excitaciones de Marbot y Creuze, la mayoría se resistía á votar en globo. Fué menester un violento mensaje del Directorio condenando toda consideración relativa á las formas, á las leyes y á los artículos de la Constitución, que en

estos instantes constituirían un atentado á la Constitución misma, para que el Consejo cediese dando por la noche fuerza de ley á la bárbara proposición de Boulay. Este mismo diputado, obedeciendo á indicaciones del flamante filósofo Sieyes, presentó otro proyecto atroz contra los nobles, por el que se extrañaba á todos los que hubiesen pertenecido á la alta nobleza y se privaba á los restantes de los derechos de ciudadano, como no firmasen la declaración «de que despreciaban la vergonzosa superstición de las distinciones de nacimiento y combatían, con todas sus fuerzas, la vuelta de la monarquía y de todo privilegio hereditario». La exageración del proyecto sublevó á la mayoría, que si accedió á privar á los nobles de los derechos cívicos, fué con tantas excepciones que la disposición quedaba casi sin efecto.

El mismo diez y nueve de Fructidor, cinco de Septiembre, el Directorio envió al Cuerpo Legislativo nuevo mensaje calculando en seiscientos millones próximamente los gastos del año próximo, denunciando un espantoso déficit, enumerando los beneficios que derramarían sobre Francia los recursos que se pensaba crear y recomendándole que se ciñese á trazar las grandes líneas del presupuesto, dejando al gobierno el cuidado de fijar los detalles. Al día siguiente, el Consejo de los Quinientos, para que no se le creyese esclavo del Directorio, publicó una fogosa alocución al pueblo sobre los crímenes de los realistas y la gloriosa restauración de la libertad. Acto seguido, Bailleul propuso, en nombre de los Cinco, una medida estúpida: la deportación de los propietarios, redactores, autores y colaboradores de los cincuenta y cuatro periódicos de París. Desmoulins consiguió que se borrara, por lo vago, el término colaborador. Se accedió á que se votase por partes, y en la discusión que se entabló, se puso de relieve la brutal ligereza con que se había redactado la lista. Al nombrarse el *Moniteur Universel*, «Su redactor, gritó una voz, es un imbécil, completamente inofensivo»; y se le borró. Respecto del *Journal du Spectacle*, Tallien preguntó: «¿Tan malo es este periódico?», y Bailleul, el ponente, respondió: «Yo no lo he leído nunca». Al oír esto, Quirot pidió que el proyecto volviese á la comisión. Pero no había que pensar en aplazamientos. La discusión continuó. Cuando le llegó el turno al *Historien*, «Esta publicación es la más peligrosa de todas», gritaron varios. Precisamente era el órgano del anciano pero siempre joven Dupont de Nemours, el carácter más noble de los ex-individuos del Cuerpo Legislativo. En suma: el personal de cuarenta y dos periódicos fué condenado. Gracias que el Directorio, más humano que los Quinientos, sólo deportó á los que habían sido arrestados. En los días siguientes, los Consejos designaron, para cubrir las dos vacantes del Directorio, á los ministros Merlin de Douai y Francisco de Neufchateau; y el veinticuatro de Fructidor, diez de Septiembre, votaron, casi sin deliberación, el presupuesto conforme á los deseos del Directorio. Los gastos se fijaron en globo. En los ingresos, se restableció la lotería, se creó un impuesto de mullas y otro sobre la sal. Habiendo objetado un diputado que las cargas de justicia se-



rían más ventajosas que la lotería, los Quinientos resolvieron el caso creando ambos tributos. Respecto á la deuda pública, se acordó no pagar más que el tercio de los intereses.

La página más negra del diez y ocho de Fructidor fué la deportación de los conscriptos á los pantanos y ardientes arenales de Sinamari, uno de los cantones más insalubres de la Guyana, en la América del Sur. Bien dijo un empleado á Letellier, que pedía acompañar en el destierro á su señor Barthelemi: que había perdido la cabeza, porque semejante deportación equivalía á la muerte. El inhumano trato que se dió á aquellos desgraciados en la travesía, revelaba ya el criminal pensamiento de los gobernantes. Enjaulados y sometidos á mil privaciones fueron llevados á Rochefort, y allí, amontonados en las sentinas de los navíos. A milagro se tuvo el que llegasen vivos al lugar de su destierro. Eran doscientos nueve, todos varones de mérito, algunos de los más eminentes de Francia, como Barthelemi, Pichegru y Barbé-Marbois. Al año no cumplido, habían sucumbido treinta y tres á las fiebres palúdicas, y ochenta y cinco se hallaban gravemente enfermos. Atribuyóse á peregrina casualidad el que, dos años más tarde, quedase aun en pie una de aquellas ilustres y desdichadas víctimas.

El Directorio podía sentirse satisfecho. Había logrado poner el pie sobre el cuello de Francia. Los nuevos jacobinos sólo se distinguían de los antiguos en que usaban por suplicio de la fiebre en vez de la guillotina, y en que fundaban su poder no sobre un populacho exaltado, sino sobre la fuerza militar regularmente organizada. Desde ahora, el gobierno quedó á merced del ejército. En la alocución que el Cuerpo Legislativo dirigió á los departamentos y á las tropas el día siguiente al de Fructidor, presentábase lo interior descompuesto por la contrarrevolución, y el patriotismo, las virtudes sociales y públicas, refugiadas en la milicia. Triste confesión, pero verdadera. La burguesía se había vuelto reaccionaria ó neutra; las clases populares apenas se interesaban ya en el movimiento político; la democracia activa había pasado del pueblo á los soldados. Señales todas de que la revolución agonizaba; porque si los ejércitos pueden defender la libertad, no son los llamados á implantarla y darle vida. Este golpe de Estado forzosamente había de conducir á otro, que se cumpliría por y para los militares. Un solo medio le quedaba al Directorio para conservar su independencia: sostener el equilibrio entre los dos grandes generales que se repartían el prestigio del ejército, Hoche y Bonaparte. Moreau se había hecho sospechoso por su tibieza, cuando los preparativos del golpe de Estado, y por no haber enviado al gobierno las pruebas de la traición de Pichegru hasta el ocho de Septiembre. El Directorio le separó del mando y reunió los dos ejércitos de Alemania en manos de Hoche, que se halló en posesión de una fuerza inmensa moral y material.

Hoche, el genio que todo lo quería para la patria, se hallaba frente á Bonaparte, el genio que todo lo quería para sí mismo. ¿Se equilibrarían? Solo por un instante pudo acariciarse esta esperanza. La salud de Hoche tenía asustados á sus amigos. Un fuego inter-

no le devoraba; una irritación de pecho, que había descuidado, se le iba agravando. La noticia del diez y ocho de Fructidor, en el que sólo vió la derrota de la contrarrevolución, y la brillante posición á que le llamaba el Directorio, le reanimaron por unos momentos; pero la implacable enfermedad no le soltó. Hasta última hora, todos sus pensamientos fueron para el ejército, para la patria, para las personas que amaba. Se desolaba pensando en el estado de Francia, mal gobernada, desorganizada, á la que sentíase capaz de devolver el orden y la prosperidad. «Designó al gobierno, escribió su biógrafo, los puestos donde los grandes talentos podrían servir mejor á la República». Murió el diez y nueve de Septiembre, en su cuartel general de Wetzlar, margen derecha del Rhin, á los veintinueve años de edad. El dolor de las tropas igualó al de la joven viuda y de los amigos del héroe; lloraban los soldados como si hubiesen perdido á su padre, que como á tal veneraban al joven y malogrado general. El ejército llevó á Coblenza al que ya no había de conducirle á la victoria, y las ciudades alemanas de la margen derecha, la guarnición austriaca de Ehrenbreitstein, le tributaron en todo el tránsito fúnebres honores. Su cadáver fué depositado no lejos del sitio en que yacía el de su hermano de armas Marceau, muerto justamente un año antes, en la misma comarca, pero en el campo de batalla, no en las largas angustias de un padecimiento cruel y misterioso. Los funerales del héroe se celebraron en París con una fiesta fúnebre, como no se había visto desde las de la clásica Grecia, presidida por el anciano padre del difunto. El ejército, París, Francia no quisieron creer que la muerte de Hoche hubiese sido natural. Versiones de envenenamiento circularon, y en el proceso verbal de la autopsia, practicada por los principales médicos y cirujanos del ejército, se lee este pasaje: «El estómago y los intestinos han sido abiertos á lo largo: el primero ha presentado grandes manchas negras en el centro y menos cargadas de este color en la circunferencia, con grietas, separadas unas de otras en las manchas internas, mucho más juntas y casi confundidas en las externas». Fuese ó no esta alteración efecto de veneno, el primer biógrafo de Hoche dice que «estando el general para ir á establecer su cuartel en Strasburgo, consultó con un médico, el cual le dió una receta en la que fundaba toda su esperanza..... Desde aquel instante, sintióse empeorar.....» El dolor público y el espíritu de partido buscaron un culpable en diversas direcciones. El pueblo acusó á los chuanos; los reaccionarios, al Directorio; el Memorial de Santa Elena refiere que no faltó quien echase la culpa á Napoleón.

¿Cómo pensaba Hoche al morir? Todos sus actos revelan que permaneció hasta el fin republicano sincero. «Un monarca, escribía, tendría que reinstaurar una nobleza, y la resurrección de esta nobleza traería una nueva revolución. Necesitamos de un gobierno que consagre el principio de la igualdad.....; y este gobierno no puede ser otro que la República». Quería mantener la Constitución del año tercero, con sola la reforma de sustituir á los cinco directores un presidente, como en América. Tolerante con todas las creencias,



profesaba la religión de Rousseau, como la mayor parte de los caudillos de la Revolución. Su fe en un Dios de justicia y de bondad palpita en las cartas á su mujer y á sus amigos y en la invocación con que puso fin al discurso que pronunciara al ejército del Oeste, cuando la fiesta por las primeras victorias de las tropas de Italia. «¡Dios, que velas por los destinos de este Imperio, que en los combates has dirigido nuestros golpes, el hombre que Tú creas debe ser libre; no permitas que ningún dominador le gobiernel ¡Extirpa las facciones del seno de la República y protege nuestras santas leyes!» Para apreciar lo que Hoche aventajaba á Bonaparte en valor moral, basta comparar lo que cada uno ha dicho del otro. Cuando Hoche se consumía en su penosa y deslucida tarea de acabar con la guerra civil en el Oeste mientras Bonaparte alcanzaba en Italia deslumbradores triunfos, pocos hubiesen escapado á la mordedura de la envidia; lejos de esto, Hoche expresa en cartas de generosidad encantadora su entusiasmo por la gloria de su rival, y le defiende contra los que osaban acusarle de ambicioso. Volvamos la hoja. Napoleón, en Santa Elena, hablando de Hoche, le trata como una especie de pequeño Bonaparte, de ambición desmesurada, «que no pensaba sino en señorearse del poder por la fuerza, que le habría disputado la suprema magistratura, que se habría vendido, porque gustaba del dinero y de los placeres». ¡Que Hoche se habría vendido! Semejante calumnia revela, en quien la pronunció, cómo á un gran genio puede acompañar un alma rastrera. ¡Otro habría sido el porvenir de Francia si, en lugar de Hoche, hubiese desaparecido Bonaparte! Sin duda, no se habría evitado la supremacía militar; pero el recto sentido y el patriotismo de Hoche habrían templado todo género de peligros y abusos, y conducido, tal vez, por la paz al establecimiento de la libertad bien entendida. Con razón dice Henry Martín que la Providencia fué severa con Francia: le arrebató el general que podía salvarla y le dejó el que había de perderla.



## CAPÍTULO VIGÉSIMO-CUARTO

Paz de Campo-Formio y apertura del Congreso de Rastadt.—Roma y Suiza



El belicoso Thugut no tuvo más remedio que plegar la bandera de la guerra. Ni dentro ni fuera había quien le apoyase. Dentro, emperatriz, pueblo, ejército, todo el mundo pedía la paz; fuera, Rusia seguía aconsejándola, Inglaterra la negociaba. Su última gestión fué tratar, cuando recibió de Bonaparte la violenta nota del veintiuno, de disuadir á Inglaterra de concluir por separado la paz con Francia. «Si fracasamos en nuestra negociación con la República, contestó el ministro Grenville, reanudaremos gustosos la alianza con Austria; si Francia obra lealmente, concluiremos la paz por separado»; y, ante esta actitud, Thugut hubo de bajar la cabeza y continuar las negociaciones de Udina, á donde fueron enviados de nuevo el marqués de Gallo y Merweldt, con el embajador de Basilea, Degelmann. Las instrucciones rezaban que se restaurase en Venecia el gobierno aristocrático; que el Emperador se quedaría con Venecia y las Legaciones, cediendo parte de Brescia á la República Cisalpina, ó, á falta de las Legaciones, con otro territorio italiano de valor equivalente; y que, respecto de Alemania, se dejase todo para el próximo Congreso, proclamándose una vez más el principio de la integridad del Imperio. Seguía larga serie de consideraciones, informadas en el pensamiento de que los franceses podían tomar en Alemania cuanto se les antojase, con tal que cediesen en Italia á los austriacos lo que á éstos conviniese. ¿A qué proclamar entonces la integridad del Imperio? Thugut había vuelto de lleno á su antigua indiferencia para con Alemania, adoptando una política exclusivamente austriaca.